

# Corazones prestados\*

---

*Rick DeMarinis*

**L**éon se despertó oliendo el pasado. Era un olor fuerte, desagradable: a sexo, sudor y caldo, a fonda sucia o algo peor. Le urgía recordar cuándo y dónde había percibido ese olor, pero no podía. Era importante, crucial, pero imposible. Quiso llorar y eso fue lo que hizo. Contuvo los sollozos, pero no aguantó las lágrimas. Lo agobiaba la nostalgia inútil y luego el remordimiento de no sé qué. Nada tenía sentido.

Se arrimó a Maisy, su esposa, por ver si el olor venía de ella. Estaba acostada de espaldas, roncando apenas, con la boca abierta. Deslizó la sábana hacia abajo y trató de olfatear su cuerpo, comenzando por las axilas, luego el cuello y los pechos. Aspiró sobre el ombligo y el vello del pubis. Probó husmear las rodillas y, por último, los pies. Pero no olía nada, ni siquiera el sudor. La mujer despertó farfullando.

—¿Qué haces, León? Déjame. ¿Qué hiciste con la sábana?

—Disculpa— dijo él.

—Tienes que ir al doctor —dijo ella—. En serio.

—No es un problema médico —repuso él—. No creo que sólo sea médico.

—Sí es médico. Es un problema médico.

Maisy se levantó y alcanzó su bata. Luchó con ella mientras buscaba la entrada de las mangas. A pesar de que en los últimos años le había crecido el vientre, León aún la deseaba. Aquella cicatriz de la histerectomía practicada decenios atrás se sentía como un rollo de masa plateada. Los finos trazos del rostro comenzaban a oscurecerse por el engrosamiento de la piel. Su pelo era delgado, ya casi gris, y los ojos habían perdido aquella urgencia deslumbradora y azul de cuando la conoció treinta años antes. No obstante sus 66 años, el inexorable yunque del tiempo no había sido tan cruel. Todavía recordaba la imagen de la mujer con la que se había casado: la bailarina que giraba sobre sus largas piernas, su espalda tersa que descendía arqueándose ligeramente hasta topar de pronto con las colinas de una grupa firme, los pechos amplios y generosos, el cuello terso y los clásicos valles y simas de su rostro adorable.

---

\* Versión de Jorge Brash.

El olor que lo había despertado iba desvaneciéndose. No provenía de su esposa, eso ya estaba claro. Solo, en la cama, se olió las axilas, las muñecas, las manos. Todavía era lo bastante flexible para llevarse los pies a la nariz, pero no percibió olor alguno. Los olores —más bien los vapores— que había percibido no provenían de nada que estuviera presente ni cercano. Le habían llegado del pasado, como un recuerdo, un recuerdo sin imágenes. El olor no tenía nombre y él se figuraba que si tan sólo pudiera identificarlo —como de sopa, sudor, parafina, pegamento, alquitrán sulfuroso, las huellas de un encuentro sexual— se le revelaría algo de suma importancia, algo relacionado con algún acontecimiento trascendental. Pero no pasaba de una mera abstracción, y cuando se levantó de la cama y se lavó los dientes ya no era sino el recuerdo de un recuerdo, insustancial como un sueño baladí. Nada de eso tenía sentido.

Alcanzó a su mujer en la cocina. Ya había terminado de hacer el café y estaba leyendo el periódico en la mesa. Él se sirvió una taza y se sentó. Inhaló el vapor que se elevaba de la taza pero no pudo sentir el aroma del buen café. Fue a la alacena, tomó la lata de café y le quitó la tapadera de plástico. Hizo una inhalación profunda con la nariz casi pegada a los aromáticos gránulos, pero nada pudo oler.

—Lo perdiste por completo, ¿no? El sentido del olfato —le dijo Maisy lanzándole una mirada escrutadora.

Él se sentó, dio un sorbo a su café.

—Podía olerlo incluso ya despierto —dijo él—. Duró como un minuto y luego desapareció. El mismo olor todas las mañanas. No sé qué es, pero es tan auténtico.

—Hay algo que no anda bien.

—No ha de ser tan importante, Maisy.

—Andas por toda la casa tratando de oler las cosas. El otro día te vi prender un cerillo e inhalar el azufre. Sólo alguien que no tiene olfato haría algo semejante.

—A lo mejor es una alergia, algo pasajero —dijo él, haciendo como que disfrutaba lo indecible al inhalar el vapor de su café—. Están floreado las moreras y ya sabes el daño que le puede hacer a uno el polen.

Maisy suspiró. —No me gusta que me despierten así, León. No quiero que me huelas todas las mañanas. Se me pone la carne de gallina. Tú no estás bien.

—No me pasa nada —dijo León—. Me siento bien. Mucha gente pierde la capacidad de oler las cosas. Tengo sesenta y cinco años. Tampoco puedo ver tan bien como hace veinte.

—Lo que pasa es que hueles fantasmas. Quiero que te vea un médico, por las dudas. Un neurólogo, digo yo.

—No es ninguna enfermedad —contestó él—. ¡Cómo crees que va a ser una enfermedad!

—Pues hay problemas médicos con síntomas incluso menos graves. Voy a llamar a la clínica.

Maisy había sido enfermera del ejército, había estado en Corea y, luego de un periodo en que trabajó como enfermera de quirófano en Tucson, prestó servicios en Vietnam.

León chascó la lengua y meneó la cabeza, pero fingía. Volvió a sentir deseos de llorar. Tenía miedo por esa súbita pérdida de uno de los sentidos. Recordó su novatada en el ejército: un centenar de muchachos que empinaban el trasero y se abrían de nalgas para ser examinados por los médicos, el penetrante hedor anal que le nublaban los ojos y le cortaba la respiración hasta la náusea. ¡Si tan sólo pudiera oler de nuevo aquellos jóvenes y asustados esfínteres!

La pérdida era para espantarse, pero más lo era que percibiera olores fuertes en sus sueños, olores tan intensos que lo despertaban y seguían ahí mientras el corazón se le desbocaba y él trataba en vano de alcanzar algo que desde el pasado remoto pedía a gritos que lo reconociera. Era como el ciego que despierta de un sueño cargado de las imágenes más vivas y en el que una escena no identificable de su pasado se presentara y siguiera presente durante unos minutos una vez que él estuviera completamente despierto, como si hubiera recuperado la vista.

Maisy desplegó el diario matutino.

—Creo que sufres ataques de algún tipo —le dijo mientras ojeaba los encabezados.

León se puso los pants y se dirigió al gimnasio, molesto por el despreocupado diagnóstico de Maisy, el cual entrañaba una enfermedad grave. No veía la hora de desquitar su enojo en el aparato de pesas. Una de las razones por las que se mudaron al nuevo retiro comunitario —Sierra del Monte— eran las magníficas instalaciones para hacer ejercicio. Había un entrenador personal para quien lo solicitara, pero León prefería ejercitarse conforme a su propia rutina. El entrenador hacía sesiones de grupo por las tardes. León se ejercitaba en las mañanas.

Dick Drake estaba frente al gimnasio universal cuando llegó León. Dick era un hombretón de pelo blanco largo e irregular al que todavía se le notaban zonas pelirrojas aquí y allá. Parecía un ídolo de piedra contemplando, al parecer, el aparato para ejercitar los músculos dorsales. León le tenía la suficiente confianza como para llamarlo por apodo: "Rasputín", le decía. Drake, a su vez, le decía "Capitán" a León. León suponía que el mote se debía a su corte de pelo militar y a los pantalones bombachos color caqui que usaba invariablemente.

A Drake, de poco más de setenta años, le habían hecho recientemente un trasplante de corazón y, por prescripción de su médico, hacía ejercicio físico. Era ancho de hombros, estrecho de caderas y alto. Había jugado basquetbol en la preparatoria. Disfrutaba su condición especial como paciente de trasplante. Le contaba los pormenores de su operación a todo el que estuviera dispuesto a escucharlo: cómo había fallado la conexión entre la máquina cardiaca y su aorta y cómo quedaron huellas de sangre en el suelo de la sala de operaciones. Drake rebosaba vitalidad, entusiasmo y una plática interminable. Ni se compadecía ni se jactaba de su situación, lo cual, a ojos de León, lo ennoblecía. A León le caía bien; a Maisy no.

—Estoy desfibrilando —le dijo a León al saludarlo—. Tengo que estar de pie.

León se sentó en el aparato para las piernas y comenzó a ejercitarse. El aparato ofrecía demasiada resistencia, pero él no se detuvo a disminuirla. Luego de unas doce planchas, se detuvo. Drake seguía de pie frente a su aparato mientras su desfibrilador lanzaba máximos de voltaje a su alterado corazón.

—Tamadre —dijo Drake tocando la protuberancia en su costado, donde le habían implantado el desfibrilador.

—¿Estás bien? —le preguntó León.

—A veces siento como si caminara en un cable sobre las cataratas del Niágara.

La cabeza de Drake se veía amarilla como la cera. La nariz, enorme, sobresalía de su cara como una quilla averiada. Se sonrió con sus ojos claros y vivarachos bajo espesas cejas grises.

—¿Qué tal si mandamos esto a la chingada por hoy y vamos a echarnos unos huevitos estrellados con tocino? —preguntó. Levantó los brazos y contrajo los bíceps. Los abultados músculos se deslizaron erráticos bajo la piel ya floja.

—Me siento en condiciones bastante buenas como para no desperdiciar el día. ¿Qué te parece, Capitán?

Maisy no los acompañó. No quería oír otra vez a Drake contar su operación. León se dio un regaderazo, se puso los pantalones bombachos de gabardina y una camisa hawaiana. Luego se dirigió al salón Lanai, uno de los restaurantes del complejo habitacional de Sierra del Monte. Drake ya estaba ahí, ocupando una mesa. No se había cambiado. León jaló una silla y se sentó.

—No te hubieras cambiado por mí, Capitán —dijo Drake.

—No fue por ti —respondió León.

Una mesera bonita, recién salida de la secundaria, se acercó. León ordenó salpicón de filete y huevos tibios. Drake pidió una ensalada de frutas.

—Tamadre —dijo Drake inclinándose a un lado para observar los estimulantes movimientos de la chica entre las mesas—. Cuando ves eso, a poco no te gustaría comenzar otra vez todo este sinsentido, Capitán.

—Es una niña, Rasputín —respondió León.

—Yo también fui niño —dijo Drake adoptando un tono grave y sus labios caídos se fruncieron en una sonrisa invertida.

—¿Qué te pasa? —preguntó León.

—Me siento tan inútil... ¿Cómo puede ser que Dick Drake ande estreñando corazón cuando de todos modos no puede hacer nada con él? Nada más espero la muerte, como todos nosotros. Se me hace un desperdicio.

*Drake nunca habla de este modo.* —Algo te preocupa —dijo León.

—Creo que el nigeriano quiere que le devuelva su corazón, Capitán.

León sabía que el corazón de Drake provenía de un taxista nigeriano que murió en un accidente en la ciudad de Washington. El nigeriano tenía 28 años al morir. Su corazón llegó volando en cuatro horas hasta El Paso. Salvo por el problema de la bomba cardiaca, el trasplante había sido impecable.

—¿Fibrilando de nuevo? —dijo León.

Drake se encogió de hombros.

—A veces. Los nigerianos son expertos en fantasmas. Tal vez el taxista siente que no se puede desentender de los compromisos de este mundo hasta que también entierren su corazón.

—¡Ya, una limpia, Rasputín! —dijo León, aunque no le pareciera insensato el supersticioso temor de Drake. Estaba tentado a pensar que las apariciones, visitaciones o vibraciones del éter fueran la explicación de los olores fantasmas con que se despertaba todas las mañanas.

Drake se llevó la servilleta a la cara. Tosió y algo salió. Dobló la servilleta y la puso sobre el plato.

—No es nada —dijo—. A veces cuando arqueo estímulo el nervio vago. Eso me alivia.

La joven mesera se acercó, se inclinó sobre la mesa y preguntó:

—¿Todo en orden, muchachos?

Su espesa cabellera color castaño, electrizada por el aire seco del desierto, quedó a unos centímetros de la cara de León. Él cerró los ojos y aspiró profundamente abriendo las aletas de la nariz, pero no pudo percibir su fragancia.

—Estaba yo prácticamente muerto —le dijo Drake a la mesera—. Mírame ahora.

Se abrió la camisa y le mostró su amplia y brillante cicatriz. Levantó los brazos e hizo saltar sus desagradables bíceps. La sombra de melancolía y duda que oscureciera su naturaleza optimista había pasado.

—Voy a vivir para siempre, cariño —le dijo.

León se levantó y se dirigió al baño. Se paró frente al mingitorio. Antes de abrirse la bragueta trató de percibir el intenso olor astringente del desodorante que ponen junto al caño. Se arrodilló frente al mingitorio y aspiró con fuerza. Aunque sus ojos lagrimearon, no pudo oler nada. Un hombre en silla de ruedas entró al baño.

—¿Está usted bien, amigo? —preguntó.

León, avergonzado, se puso de pie.

—Sí, bien —respondió—, muy bien, gracias.

La edad no había hecho que Maisy perdiera interés en el sexo. León era apto, pero no resistía gran cosa.

—Perdón— dijo, respirando con fuerza y girando hacia el otro lado—, últimamente me falta el aire.

—No te preocupes —le dijo Maisy—, no voy a empezar a frecuentar los parques en busca de atletas adolescentes.

Ambos se rieron. Habían tenido un buen matrimonio. No tenían hijos y estaban contentos. Maisy tenía treinta y seis años al momento de casarse, y León treinta y cinco. Diez años antes Maisy había estado casada con un oficial del ejército, pero su matrimonio duró poco.

Se bañaron juntos. León puso la cara directamente bajo la regadera. El vapor le olió a rosas. El chorro del agua lo inundó en esa fragancia. El sobresalto lo hizo dar un paso atrás.

—¿Es tu champú, Maisy?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. Todavía no me pongo champú.

Eran rosas y algo más que rosas. Casi podía recordar el lugar: las orillas de un río, tal vez de un lago, una casa bonita en el campo. Había una reunión, gente que conocía aunque no sabía sus nombres. Voces que se escuchaban entre las rosas, junto al río o lago, y la casa familiar, un lindo lugar enclavado entre colinas verdes, lleno de música y de rosas, miles de rosas. *Aquí está él*, oyó que decía alguien. *Desde luego*, respondió otra persona.

Cayó de manos y rodillas. Temblaba. Maisy cerró las llaves del agua y salió de la regadera. Cuando regresó lo secó con una toalla.

—Ya llamé a la ambulancia —le dijo.

—Estoy bien —dijo León, poniéndose de pie—. Esta vez casi pude recordarlo, Maisy.

Las lágrimas resbalaban de su rostro y la voz le temblaba.

—No hay nada que recordar —dijo ella—. Acabas de tener un ataque, esta vez más fuerte.

—A lo mejor el cielo —respondió él—, a lo mejor el cielo huele a flores y las casas están llenas de música y la gente es amable.

—No te preocupes, mi amor —respondió Maisy—. En un minutito están aquí.

Era un aneurisma. Una vena inflamada, peligrosamente frágil, que había oprimido una rama del nervio olfatorio. La opresión del aneurisma sobre el cerebro producía los ataques. Éstos (la nostalgia, los olores que no venían de ninguna parte) cesaron después de la operación. Y después de un tiempo se restableció el sentido del olfato. León pudo oler otra vez los olores de todos los días, pero sus sueños dejaron de tener olor. Privados de aroma, perdieron también la virtud de transportarlo a parajes frecuentados donde él reconocía a la gente pero ésta no le daba la bienvenida. Echaba de menos esos sueños, lo que era una simpleza y no tenía sentido.

Usaba una cachucha para ocultar la cabeza rapada. Un largo arco rojo le cruzaba desde la sien derecha por el cuero cabelludo y terminaba justo encima de su ojo izquierdo. Quería mostrarle a Dick Drake su cicatriz, quería aburrirlo con los detalles de su operación —después de todo, Rasputín se lo merecía— pero vino a enterarse de que había vuelto al hospital donde le harían otro transplante de corazón.

León lo visitó. El corazón nigeriano de Drake fallaba cada vez más y él estaba esperando a un nuevo donador.

—¡Jesús!, ojalá que esta vez me toque el corazón de un pinche sueco. Los suecos no creen en fantasmas, ¿verdad, Capitán?

León le siguió la corriente. —Lo que te conviene es un corazón suizo, Rasputín. Los pinches suizos sólo creen en el dinero.

Estaban en una placita al aire libre entre los edificios. Rápidas nubes primaverales tan pronto los ponían a la sombra como al sol. Dick Drake estaba arropado en su silla de ruedas. Se veía flaco y estragado, pero su ánimo no decaía.

—Ahí anda el nigeriano —dijo y miró hacia el cielo como si pudiera ver al taxista nigeriano haciéndole gestos desde una nube—. No se puede ir sin su corazón.

Camino a su casa, León se detuvo en una florería. Compró una docena de rosas para Maisy, una mezcla de rosas rojas, amarillas y rosadas. Las rosas inundaron el coche con su aroma. Era un olor feliz, la fragancia del optimismo y la esperanza, un aroma que no desentonaría con ninguna idea sobre el paraíso. Aunque sabía que no era necesario, quería conquistarla nuevamente. Quería conquistarla todos los días que les quedaran de vida juntos. No tenía sentido, pero ni falta que le hacía. A nada le hacía falta tenerlo.